

El conflicto colombiano, las víctimas y la Unión Patriótica

– 23/07/2014Posted in: Artículos y Opinión, Hablando Claro

La UP terminó considerada como un peligroso enemigo para la seguridad nacional de los Estados Unidos y Colombia. Basta oír al general Harold Bedoya para confirmarlo.

Escuché que los sobrevivientes de la Unión Patriótica rehúsan de manera enfática que se les considere víctimas del conflicto armado colombiano. Por la sencilla razón de que jamás tomaron las armas para enfrentar el régimen. Fueron y son un movimiento político, producto de los Acuerdos de Paz firmados entre un gobierno colombiano y las FARC-EP. Su actividad fue siempre pacífica, de masas, de corte electoral.

Celebraron su primer Congreso a finales de 1985, elaboraron sus estatutos, fueron reconocidos como fuerza política, inscribieron sus candidatos para las justas electorales de 1986, a los concejos municipales, asambleas departamentales, Cámara de Representantes, Senado de la República y Presidencia. Realizaron su campaña abiertamente, a la luz pública como todos los demás, ajustados a los requisitos de ley. No incurrieron en ninguna conducta prohibida.

Contrataron pequeños espacios radiales en emisoras locales, agenciaron sus propios recursos, pactaron alianzas de tipo electoral con sectores regionales y locales de los partidos tradicionales. De hecho muchas de las curules obtenidas fueron compartidas en calidad de principales o suplentes con caciques liberales o conservadores urgidos de los votos que podría sumarles la nueva fuerza política. La mayoría de ellos hicieron a un lado la UP en cuanto les fue posible.

Pero primero compartieron tribuna con ellos en las plazas públicas, en sus afiches y promociones de campaña. Los abrazaron con emoción cuando alcanzaron sus objetivos en una u otra corporación. El Presidente liberal elegido en esos comicios, Virgilio Barco Vargas, había prometido a la UP que nombraría en las alcaldías municipales a personeros de ese movimiento dondequiera que hubieran obtenido la mayoría de los votos. Y cumplió en buena medida. Para matarlos luego.

Todo auguraba que la Unión Patriótica, con algo así como 400.000 votos en las primeras elecciones que tomó parte y convertida en la tercera fuerza política del país, contaba con un porvenir sonriente en el futuro de la vida nacional. Hasta cuando asesinaron a su primer dirigente, y luego a otros y a otros en una sucesión impresionante. Terminaron por sacarla del espectro político sin el menor remordimiento. Ahora la regresan para escarmentar en su nombre.

Todo el mundo en Colombia, en especial la misma militancia de la UP, sabía que los crímenes provenían de las instalaciones militares y de policía. Eran demasiado evidentes los rastros. Muchos de los sicarios corrían a refugiarse, a la vista de todos, en cuarteles y batallones. Dirigentes y militantes rasos eran acosados en cuanto retén militar se instalara, detenidos con frecuencia, había que buscar gente influyente del propio Establecimiento y acudir en masa a su rescate.

Para entonces no existían todavía los cuerpos paramilitares organizados como después. Todos entendimos que su surgimiento obedeció a una necesidad urgente de los gobernantes y la fuerza pública. Detrás de cada asesinato de un dirigente de la Unión Patriótica aparecía siempre el Estado colombiano personificado en un

agente del B-2, el F-2, o una operación militar coincidente. Definitivamente había que borrar ese trillo, ensombrecer las pruebas abrumadoras.

Fue cuando tomó cuerpo la realidad de la conspiración. Tenía que existir una decisión de alto nivel, un impulso determinante de aquella matanza despiadada. Los que lograban ser rescatados de los batallones o cuarteles siempre contaban de las amenazas a las que habían sido sometidos por sus interrogadores. Jamás permitirían que el comunismo se tomara el país, así tuvieran que hacer lo que fuera. Estaba claro, era un asunto de seguridad nacional, un tema tabú.

Solo para iniciados. Tras la II Guerra Mundial los Estados Unidos habían asumido la sagrada misión de evitar la penetración comunista soviética en todo el continente americano. En esa idea habían creado un máximo ente rector, el Consejo de Seguridad Nacional, que tendría a su cargo el plan. Habían creado la CIA, fundado la Escuela de las Américas, comprometido en ese propósito a los gobiernos del continente mediante entidades como la OEA y convenios como el TIAR.

Las fuerzas armadas de Latinoamérica y el Caribe quedaron subordinadas jerárquicamente, en secreto, al Comando Sur del Ejército de los Estados Unidos. Sus mandos debían aprobar cursos en la Escuela de las Américas, donde además de inyectarles el odio irracional contra el comunismo, se les adiestraba en los más tenebrosos procedimientos de represión y tortura, la conformación de grupos paramilitares de ultraderecha, entre otros.

Por eso se producían los golpes de Estado y los brutales regímenes que veían comunistas en cuanto inconforme con la situación social y política se atreviera a manifestarlo. Veían en ellos agentes camuflados de la Unión Soviética, verdaderos enemigos internos a los que aniquilar según su estrategia de guerra preventiva total. Por eso los Videla, los Pinochet, los Stroessner, los Ríos Mont y demás gorilas inmortalizados además en las letras de los más grandes autores.

Y por eso la arremetida contra la Unión Patriótica, nacida en los tiempos de la íntima relación de la CIA con los grandes carteles del narcotráfico colombiano. Con los dineros sucios pagaban las armas compradas a Irán para dotarlas a los asesinos contra revolucionarios que buscaban derrocar al sandinismo en Nicaragua. Y por eso la facilidad con que las mafias colombianas terminaron aliadas con las fuerzas armadas para conformar los grupos paramilitares colombianos.

Semejante alianza contaba con la bendición del Pentágono. Claro, todo esto suena a trama novelesca, si no fuera porque está plenamente probado por múltiples investigaciones, incluidas las adelantadas por el Congreso de los Estados Unidos. Así que la Unión Patriótica, sin habérselo propuesto nunca, terminó considerada como un peligroso enemigo para la seguridad nacional de los Estados Unidos y Colombia. Basta oír al general Harold Bedoya para confirmarlo.

Justas las razones de los principales dirigentes de ese movimiento cuando defienden apasionadamente el carácter civil y pacífico de su proyecto político. Pero como todos los que hicimos parte en su momento de esa explosión democrática que nos colmó de esperanza, la UP fue asaltada por la aterradora verdad de que no basta con querer estar por fuera del conflicto cuando los más poderosos enemigos de los pueblos lo incluyen.

Para despedazarlo sin escrúpulo alguno. Es lo que las FARC buscamos debatir en la Mesa de La Habana, y lo que rechaza de plano el gobierno. La URSS se disolvió, pero en la lógica imperial la reemplazan otros enemigos, el terrorismo, el narcotráfico, las violaciones a los derechos humanos, entre otros. En este último capítulo, la misma lógica perversa vuelve a contar con relación a las víctimas y en esa dirección es que apuntan. Resulta de vida o muerte desenmascararlos.

Montañas de Colombia, 23 de julio de 2014.